

“Privilegios y desdichas en cuarentena”

Andrea Hernández Guerra
Escuela de Ciencia Política

Las últimas semanas han sido de gran convulsión social para todo el mundo. Al mismo tiempo que se enfrenta una crisis sanitaria por la pandemia del Covid-19 –que ya ha contagiado a 11,6 millones de personas en todo el mundo– se enfrenta una serie de eventos profundamente políticos que ponen al descubierto las contradicciones del sistema que, durante décadas ha promovido los privilegios de unos sobre otros.

La lucha contra la discriminación racial el incremento del desempleo, la pobreza y la desnutrición en América Latina y el mundo, el colapso de los sistemas de salud en los países “más frágiles”, entre muchos otros malestares pueden explicarse por un elemento mucho mayor y más silencioso que subyace al racismo, la pobreza y las consecuencias de la pandemia que vivimos hoy: **la desigualdad social**.

Por supuesto, una desigualdad social permitida por una serie de gobiernos “aconsejados” por instancias económicas y élites internacionales y locales que, por años han favorecido un sistema de enriquecimiento de pocos y empobrecimiento de muchos.

Sin duda, la crisis sanitaria y económica actual y los procesos de cuarentena –obligatorios y voluntarios– han venido a exacerbar las desigualdades sociales en las poblaciones rurales y urbanas marginadas. Al mismo tiempo que ha afectado a las clases medias empleadas formal e informalmente, pero que previo a esta crisis, lograban tener una serie de ingresos fijos que sostenían parte de las economías nacionales.

La cuarentena es un privilegio en un mundo en el que el 1% de la población mundial tiene más que el 99% restante. O en el que casi el 50% de la población mundial vive con menos de

cinco dólares al día. Es un privilegio, en una región latinoamericana en la que el 20% más pobre de la población se queda solo con el 4% del ingreso total. Y lo es en un país como Guatemala en el que el 1% de las personas más ricas tienen los mismos ingresos que la mitad de la población del país.

A pesar de estos datos y de la gran literatura escrita en torno a la desigualdad, aún hoy, prevalece el discurso de muchos políticos y sectores económicos e incluso sociales que, sostienen la idea de que la desigualdad es algo inminente a nuestras sociedades, algo “inevitable” y que por su exponencial crecimiento en los últimos años ya no hay vuelta atrás.

Pero, expertos economistas como Joseph Stiglitz (Premio Nobel de Economía de 2001) sostienen lo contrario. **La desigualdad es evitable, no es consecuencia de leyes inexorables de la economía, es cuestión de políticas y estrategias**. Stiglitz siendo vicepresidente del Banco Mundial entre 1997 y 2000 comprobó “de primera mano el efecto devastador que la globalización puede tener sobre los países en desarrollo, y especialmente sobre los pobres de esos países”.

Tal como se ha dicho en opiniones anteriores, la pandemia actual es un llamado de atención a los países para actuar a largo plazo y volver a poner en el centro de acción al Estado que, en contextos de crisis es el único agente que podría ofrecer certezas.

Y, sobre todo, es una oportunidad para poner en el centro del debate a la economía y a la desigualdad social, que ya no es solo una preocupación de «ese noventa y nueve por ciento, sino también de ese famoso uno por ciento privilegiado, que empieza a ser consciente de la imposibilidad de lograr un crecimiento económico sostenido si los ingresos de la inmensa mayoría están estancados» (Stiglitz, 2015).